

Nova Vulgata Bibliorum Sacrorum Editio, Libreria editrice Vaticana 1986, 2316 pp., 12x17.

Se trata de la segunda edición típica de la Neovulgata latina. Como en la primera edición, antecede la Cons. Apost. *Scripturarum thesaurus* de Juan Pablo II (25-IV-1979). A continuación el Presidente de la Comisión Pontificia para la edición de la Neovulgata, Mons. E. Schick, tiene un «Praefatio ad lectorem». Comienza recordando la reforma del Salterio hecha por Pio XII y los motivos que le impulsaron: «ut plenius in dies fidelibus pateat Sacrarum Litterarum sensus a Spiritu Sancto inspirante datus et hagiographi calamo expressus..» (p.IX). Por otra parte, el Papa no ignoraba «Vulgatam quae dicitur interpretationem arctissime esse cum Sanctorum Patrum scriptis Doctorumque explanationibus conexam, eandemque longo saeculorum usu summam in Ecclesia nactam esse auctoritatem» (ib.). Sin embargo, también era consciente Pio XII de que «latinae huius interpretationis obscuritates mendaque, a S. Hieronymo neutiquam expuncta, aetate recentiore idcirco magis magisque manifesta oculis occurrunt...» (ib.).

El Concilio Vaticano II, sigue diciendo Mons. Schick, asumió esos motivos y esa problemática, recordando además que «maximun est Sacrae Scripturae momentum in Liturgia celebranda...Unde ad procurandam sacrae Liturgiae instaurationem, progressum et aptationem, oportet ut promoveatur ille suavis et vivus Sacrae Scripturae affectus, quem testatur venerabilis rituum cum orientalium tum occidentalium traditio» (ib.). De ahí que se estableciera: «Opus recognitionis Psalterii, feliciter inchoatum, quamprimum perducatur ad finem, respectu habito latinitatis christianae, usus liturgici etiam in cantu, necnon totius traditionis latinae Ecclesiae» (p.X).

Se enumeran luego los hitos en la elaboración de la Neovulgata, subrayando el discurso de Pablo VI en 23-XII-1966, que destacaba ante el Colegio Cardenalicio la importancia de la edición que se preparaba entonces. Por su utilidad práctica destacamos el final del párrafo citado: «Qui textus erit etiam huiusmodi ut ad eum versiones vulgares referantur» (ib.). Es un punto interesante, recogido también en la *Scripturarum thesaurus*, en orden a detectar el valor y fiabilidad de las nuevas versiones vernáculas. Es cierto que éstas deben hacerse sobre los textos originales, tanto hebreo como griego, siguiendo así la

línea del Magisterio reciente. Pero al mismo tiempo dichas versiones vernáculas han de optar por el sentido que la Iglesia reconoce como mejor. Dado que ese sentido se recoge en esa traducción latina, por ser la versión oficial de la Iglesia, es fácil recurrir a ella, para establecer así una comparación que permita juzgar a la versión vernácula de que se trate. Según este principio de comparación, consideramos que el vocablo griego *kejaritomene* de Lc 2,28, traducido por la Neovulgata por *gratia plena*, ha de ser traducido al castellano por *llena de gracia*, y no por *muy favorecida*, como traducían Casiodoro de Reina y Cipriano Valera, frailes jerónimos convertidos al protestantismo en el siglo XVI. Tampoco nos parece correcto traducir simplemente *favorecida*, como hace hoy alguna versión con visos de modernidad.

El Prefacio que comentamos sigue exponiendo el camino recorrido por la primera edición típica, de la cual la presente edición difiere en ocasiones, pues «debito permissu obtento, quaedam retractiones sunt relatae, quas perspicuitas textus et uniformitas postulabant» (p.XI). Recuerda también las normas generales seguidas en la elaboración de la Neovulgata. Destaca en primer lugar que «religiose servana est littera Vulgatae S. Hironymi quoties haec sensum textus primigenii fideliter reddit et facile intellegitur...» (p.XI-XII). También se insiste en la importancia de la Tradición, representada por las antiguas versiones latinas y por los Santos Padres, en orden a la corrección del texto, cuando ello sea preciso. «Semper autem caveatur ne libro alicui vel aetati plus tribuatur quam quod revera habuit, ita ut germanus progressu revelationis perspiciatur» (p.XII). En cuanto a la ortografía, teniendo en cuenta la finalidad también litúrgica de la Neovulgata, se sigue el uso «qui hac aetate invaluit» (p.XII). La puntuación se ha regido por normas prácticas con el fin de facilitar la lectura y la interpretación. El Salterio sigue el orden del Texto masorético, aunque conserva entre paréntesis la numeración de la Vulgata.

Como muestrario de las variantes introducidas, con respecto a la primera edición, señalamos algunas tomadas del IV Evangelio: En Ioh 2,14b 15a, la 1ª edic. dice «...¹⁴b et nummularios sedentes ¹⁵a et, cum effecisset flagellum...»; en cambio la 2ª edic. dice «...¹⁴a et nummularios sedente; ¹⁵a et cum feccisset flagellum...». En Ioh 3,23 la 1ª edic. decía «in Aeon», en cambio la 2ª edic. dice «in Enon». En Ioh 6,70b la 1ª edic. decía «Nonne ego vos Duodecim elegi, et ex vobis unus Diabolus est?»; la 2ª edic. dice «Nonne ego vos Duodecim elegi? Et ex vobis unus Diabolus est». En Ioh 17,11 la 1ª edic. no separaba el segundo hemistiquio de este v. con un punto y aparte como hace la 2ª edic., sino que ponía sólo punto y seguido. En Ioh 19,42 la 1ª edic. puntuaba... positus erat; ibi ergo...», mientras que la 2ª edic. dice «... positus erat. Ibi ergo...». Un cambio parecido tenemos en Ioh 19, 30: la 1ª edic. decía «Consummatum est; et inclinato capite...»; en cambio la 2ª edic. dice «Consummatum est! Et inclinato capite...». En Ioh 20, 4b-5a la 1ª edic. decía «...⁴b venit primus ad monumentum, 5ª et cum se inclinasset...»; la 2ª edic. dice «...⁴b venit primus ad monumentum; 5ª et cum se inclinasset...». En Ioh 20, 27 la 1ª edic. decía «...et noli esse incredulus...»; la 2ª edic. dice «...et noli fieri incredulo...».

lus...». Como se ve las diferencias son nimias, incluso se han omitido algunas que la edición bilingüe del Nuevo Testamento de Stuttgart 1984 había recogido de los trabajos previos a esta 2a edición (Cfr. «Scripta Theologica», 17(1985) (309-311).

Al Prefacio siguen unos «Praenotanda» en los que se explican diversas cuestiones y problemas, surgidos a los largo de la realización de la Neovulgata. Es un relato pormenorizado e interesante, deteniéndose en los libros que más dificultades entrañaron: Pentateuco, Tobías y Judit, Ester, El Salterio, Eclesiástico y Macabeos. En cuanto al Nuevo Testamento se vuelven a exponer los criterios ya conocidos por la edición de 1974 (Cfr. A. García-Moreno, *La Neovulgata, Precedentes y actualidad*, Pamplona 1986, pp. 288ss.). Se destaca el recurso al texto griego del Nuevo Testamento, versión crítica preparada por C. Aland, M. Black, C. Martini, B. Metzger y A. Wikgren. Respecto al texto latino de la Vulgata se ha enido presente la edición preparada por B. Fischer, J. Gribomont, H.F.D. Sparks, W. Thiele y R. Webwr. Por la categoría científica de los colaboradores enumerados, y por su procedencia de diversas confesiones cristianas, se desprende el rigor crítico de la nueva edición latina, así como su valía como preciosos instrumento de cara al ecumenismo.

Un apéndice final enriquece esta nueva edición típica. Contiene dos decretos del Concilio de Trento en su Sesión IV, el *Sacrosancta ecumenica*, relativo al canon de las Escrituras, y el *Insuper eadem* sobre la edición y uso de los Libros Sagrados. Finalmente se reproduce el Prefacio de las tres primeras ediciones de la Vulgata, posteriores a Trento (1592, 1593 y 1598). De este modo se trata de conjugar la modernidad con la Tradición. En definitiva eso es lo que se ha pretendido con la Neovulgata: Aprovechar los adelantos de la ciencia bíblica actual, sin romper la continuidad con la Tradición multisecular de la Santa Madre Iglesia.

Antonio GARCÍA-MORENO

José CABA, *Resucitó Cristo, mi esperanza. Estudio exegético*, Ed. Católica («BAC Normal», 475), Madrid 1986, XXXII + 407 pp., 12, 5 x 20.

El tema de la Resurrección de Jesucristo, como dice el a., «adquiere un relieve excepcional en la predicación de la Iglesia, en la fe y en la salvación de los fieles. Pero, junto con la importancia capital e influjo vital de la Resurrección de Jesús, existen graves dificultades que pueden oscurecer su luz e impedir que su acción salvífica se transmita» (p. XIII). Ya en los comienzos del cristianismo fue un hecho que encontró dificultades de aceptación por parte del mundo pagano, e incluso algunos apóstoles tuvieron sus vacilaciones al respecto. Su testimonio, una vez convencidos, fue valiente y constante, decidido y claro. Pero siempre tuvieron que afrontar diversos y numerosos obstáculos.